

En el liceo español que yo conocí

Íñigo Sánchez Paños

Estimado Director, (¿otras autoridades?), amigos y compañeros, queridos alumnos y antiguos alumnos:

En situaciones como esta, siempre empieza uno agradeciendo a los organizadores la invitación a participar. Es una cortesía obligada. En este caso, no; en este caso es más bien una manifestación de envidia múltiple... Por estar en París, por estar en un centro, en un edificio, en el que me habría gustado estar, por estar ora vez rodeado de alumnos, por permitírseme revivir, aunque sea un espejismo y a distancia, el calor que viví hasta el año 2001, todo lo que ya me pesaba y que ahora, sin embargo, ¡tanto echo de menos desde la jubilación! De manera que vuelvo a empezar: Qué envidia me dais todos...

Pero algo más tendré que decir.

En el 82, participé en un intercambio de estudiantes con el Lycée Colbert de Torcy, de Sablé-sur-Sarthe. En aquellos tiempos no había ni ayudas ni subvenciones ni nada de nada que no saliera del esfuerzo y del bolsillo de los participantes. Vinimos como profesores Rosa Alcocer y yo. Nos conocíamos desde muy jóvenes, desde la Universidad. En un fin de semana libre, nos acercamos desde Sablé a París en un «dos caballos» desvencijado que nos prestó un amigo. Y dimos con uno de esos inigualables e indescriptibles días maravillosos de la primavera parisina. Paseando por los Campos Elíseos arriba, Rosa decidió de pronto que tenía que venirse a vivir a París. Y yo, pues también. Al poco tiempo salió a concurso una plaza de Profesor Agregado de Francés en el Liceo Español de París, y Rosa la consiguió. Y, al año siguiente, salió la plaza de Catedrático y la conseguí yo...

Para ir preparando las cosas, me vine con un amigo en los primeros días de julio del 84. Esto estaba cerrado a cal y canto. Cuando me acerqué a la valla, salió a recibirme como una fiera el perro de Sole. Y detrás, Sole, que me explicó desde el otro lado de la verja que no me acercara mucho, que hacía unos días ya le había mordido — el perro, claro— a un gendarme.

Luego, ya en septiembre, tuve de eso mismo otras noticias.

Quien había sido Director hasta ese momento dejaba de serlo y había que nombrar a otro. De los presentes, nos votaron en el claustro a Enrique Valera y a mí; pero Enrique —creo recordar que con uno o dos votos más que yo— declinó el honor por razones de salud y terminé siendo nombrado yo Director del Liceo... con un mensajito de Monsieur le Maire de Neuilly esperándome encima de la mesa. No recuerdo ya ni el texto exacto ni las fechas, como es natural; nos comunicaba que el Liceo no se ajustaba a las normas de construcción y de seguridad de Neuilly y, en consecuencia, prohibía la actividad docente en el edificio mientras no fuera rehabilitado. Y me citaba para tal día a tal hora en el Ayuntamiento. Fui a verlo. Me recibió, en un despacho grandísimo, desproporcionado con el tamaño de su ocupante, un señor pequeñito, de mirada huidiza, al que yo no conocía absolutamente de nada, por supuesto... Y que luego, andando el tiempo, ha llegado a convertirse en Monsieur le Président de la République. Era, en efecto, el señor Sarkozy. Su decisión era irrevocable: el Liceo se cerraba. Además, me dijo muy serio que pasaría por alto el «fâcheux incident» del perro —el perro de Sole— que había agredido al empleado municipal que había llevado el papelito que yo me encontré luego encima de la mesa...

Total, que a cuento del cierre del liceo se montó el oportuno alboroto en la Embajada y en la Subdirección General de Educación en el Exterior; y el resultado fue que terminamos desterrados a la rue de la Pompe, en clases de tarde y noche, hasta finales de diciembre. Los servicios administrativos siguieron aquí... en un par de casetas de obra un tanto «délabrées», grises y tristes, a la izquierda según se entraba. Ahí se metieron apelotonados, con sus mesas y sus archivos y sus teléfonos y sus máquinas de escribir Willy, Marianne, Carmen y Joaquín. Y Enrique Valera —que era el tamaño más grande que yo he conocido nunca en Secretario—, y yo.

No necesito decir lo que fueron para todos nosotros aquellos tres meses de auténtica locura. Los profesores, además, teníamos que ir a la rue de la Pompe a nuestras clases de por la noche...

La Mairie —con la conformidad y el acuerdo de la Embajada de España—nos impuso una supervisión de seguridad, de garantía de lo que estábamos haciendo: SOCOTEC, con una especie de enano malhumorado y de gabardina deshilachada que nos visitaba sistemáticamente, creo recordar, todos los miércoles. Si no nos hubiéramos defendido como fieras, habríamos perdido el ascensor, tres aulas, el comedor... Hay que decir que el entonces Embajador —don Joan Reventós— nos

apoyó y defendió en todo; a veces, en contra de quien él mismo había puesto al frente del bochínche, un tal de la Vega, con quien tuve peleas y refriegas que en más de una ocasión terminaron en viajes a Madrid o convocados ambos por el Embajador.

Aquí hay seguramente quienes recuerdan todo aquello...

En medio de las obras —cuyos ecos llegaron al Parlamento español y a los periódicos nacionales— recibimos al entonces Excmo. Sr. Presidente de las Cortes Españolas, D. Gregorio Peces Barba, que —prevenido por mí la tarde anterior en una recepción en la Embajada—, se presentó con impermeable verde de jardinero venido a más y botas de agua del mismo color. Preguntó si no tenía que ponerse casco, que traía uno en el coche. Lo recibimos como pudimos. Y, al final, nos regaló una bandera de España para el despacho —el futuro despacho— del Director, y un ejemplar facsímil de nuestra Constitución. Ah, y otra bandera, una bandera exterior, para que ondeara en un mástil cuando inauguráramos el Liceo. Otro problema añadido, porque no encontrábamos mástil que se ajustara a las exigencias de seguridad de la Mairie.

Cuando el interior quedó más o menos practicable, a alguien —me temo que a Joaquín, aún fiel a esta casa— se le ocurrió que, ya que estábamos, podíamos lijar y limpiar todas las mesas y las sillas y dejarlas como nuevas para cuando volvieran los alumnos. Hay que decir que eran de madera buenísima, un auténtico lujo en aquellos tiempos. Pero estaban todas perfectamente pintarrajeadas, grabadas, ilustradas a conciencia por generaciones y generaciones de estudiantes que, para mayor gracia, habían ido dejando por debajo toneladas de chicles. El propio Joaquín y Ángel se ofrecieron para hacer el trabajo. La idea era una locura de tal calibre que el Secretario y yo dijimos inmediatamente... que sí. Todavía no sé cómo el bueno de Sarkozy no clausuró definitivamente el Liceo, porque la nube de polvo era visible desde centenares de metros. La primera vez que el Secretario y yo entramos en el Liceo y pillamos a Joaquín y a Ángel en pleno trabajo, ni los reconocimos. No quiero ni pensar cómo tendrían los pulmones.

Al final, con más penas y sufrimientos de los que ahora cabe recordar, superamos el cierre, las embestidas de SOCOTEC, las de Monsieur le Maire, y cuantas dificultades se nos pusieron por delante. Al final, digo, hasta contamos con el apoyo de una Asociación de Padres que, como primera sufridora del asunto, encajaba no muy bien la situación.

En aquellos primeros meses descubrimos el Secretario y yo dos cosas digamos que curiosas, arrastradas desde años atrás, y que conseguimos solucionar —alguna medalla tendremos que colgarnos—. Estudiando los centenares de planos y proyectos que tuvimos que estudiar, nos dimos cuenta de que a la vivienda de la conserje —Sole— se le había quitado por arte de birlibirloque una habitación, para instalar el despacho del Secretario. Aquello nos pareció una barbaridad y no paremos hasta que, aprovechando las obras, se le devolvió. Hay que decir que Sole nos lo agradeció invitándonos a cenar en esa misma habitación —que pasó a ser su comedor— un magnífico cordero asado. Hoy, no me lo habría permitido el médico. Pero ¡que me quiten lo zampado!

La otra fue que el Secretario se dio cuenta de que al personal de administración y servicios no se le estaba pagando —también desde hacía años— un complemento que le correspondía. Les habían dicho que no y se habían conformado. Como todo se consigue con ímprobo trabajo y tenaz perseverancia, no paramos hasta que lo logramos, con efectos retroactivos. No quisiera exagerar, pero para algunos supuso una pequeña fortuna.

Confieso, sin embargo, que no conseguí que Pilar dejara de decir «¿De “la” parte de quién?» cada vez que contestaba al teléfono... Eso, para mí, maniático del español, era un auténtico espanto. Pero lo salvaba siempre con la promesa de que la próxima vez...

Ah, me he entretenido demasiado con todo lo anterior y no puedo contar con más detalle que también nos robaron: una mañana, nos encontramos con que nos habían birlado los ordenadores, los teléfonos, material de oficina y... mi colección de casetes de Brassens. De la Prefectura nos dijeron que no tocáramos nada y nos mandaron a una subinspectora con cuya actuación me quedé tan contento que fui a protestar: me multaron por aparcar el coche —que no era mío— demasiado cerca de la garita y con los faros blancos en vez de amarillos; y me retuvieron en un cuartucho... hasta que el propio Embajador vino a sacarme de allí y consiguió que todo el mundo —incluida la subinspectora— nos pidiera perdón.

Cosas...

No podría recordar a todos los que hicimos juntos aquellos años. Hubo momentos desde muy buenos hasta solo regulares. Confieso que mi paso por el liceo de París supone uno de las épocas más dulces de mi carrera profesional. Y que, con los mismos y en las mismas circunstancias, volvería a empezar. Volvería a sorprenderme de que un poeta argentino estuviera al frente de la Secretaría del Liceo Español de París. Volvería a agradecerle a Joaquín que me enseñara a manejar un ordenador, su seriedad y su disponibilidad. Volvería a aliviarme cada mañana la sonrisa amable y creo que cariñosa de Carmen, y la actitud siempre posibilista de Marianne... Y me alegraría seguir oyendo por los pasillos todo un revoloteo de españolas empeñadas en que esto estuviera limpio y en orden...

Los profesores éramos aves de paso. Solo mencionaré, a modo de compendio, a quienes constituimos el equipo de dirección: Blanca Gila, subdirectora, que entraba el lunes en el despacho que compartíamos y me decía: «La semana está vencida: pasado mañana, miércoles». Carmen Verdú, Jefe de Estudios, emprendedora y tenaz. Enrique Valera, sin cuyo trabajo —a pesar de su enfermedad— nada habríamos podido hacer. Y Fuencisla Velasco, que dirigía la enseñanza del Español. Como nadie va a decirlo nunca, lo diré yo: ella y yo, solos, encerrados tres días en el Ministerio de Educación, redactamos el germen de lo que hoy es el Instituto Cervantes.

No he dicho nada de los alumnos, me he extendido demasiado en otras cosas. No fue difícil dar clase aquí: al fin y al cabo, yo daba francés y tenía el trabajo casi hecho.

Siento que los achaques —que voy a superar: solo es un ataque pertinaz de gota— me tengan aherrojado desde hace meses y no haya podido ir. Pero que nadie se crea que no voy a presentarme el día menos pensado a ver cómo ha quedado el Liceo que solo conozco ya por la página web, a charlar con algún amigo que aún quede por ahí.

Lo decía al principio: ¡qué envidia me días!

Hasta pronto.